

## Presentación del libro “Poéticas de Guayasamín”.

por Raquel Sexur  
Embajadora de México en Ecuador

Buenas tardes a todas y a todos.

Saludo muy cordialmente a Gabriela Roca, a Raúl Vallejo y a Abdón Ubidia, convocados todos en torno a un libro que me ha revelado las diversas travesías a partir de las cuales se puede abordar la obra de un creador ecuatoriano y universal, Osvaldo Guayasamín.

Me es particularmente grato volver al Fondo de Cultura Económica, este espacio de México en el que se dan cita los libros y los lectores, un binomio indisoluble que representa la manifestación esencial de la cultura de un país. Aquí confluyen las más variadas corrientes; las más vanguardistas o las más tradicionales creaciones literarias. Aquí se reencuentran los géneros, las metonimias, las metáforas y toda la panoplia de figuras retóricas, porque nos encontramos en el intrincado universo de los libros, esos asombrosos instrumentos que, como decía Borges, son una extensión de la memoria y la imaginación.

En 1920, en el México que emerge de la revolución, es nombrado como primer secretario de Educación Pública, José Vasconcelos, quien ha forjado su pensamiento en el gran mito de todos los movimientos revolucionarios: la creación del hombre nuevo. Llega al servicio público con el proyecto de incorporar el arte a la educación. Este hecho coincide con el regreso al país de dos artistas mexicanos que se habían formado en las vanguardias europeas, Roberto Montenegro y Gerardo Murillo (el llamado Doctor Atl) a quien les encarga pintar los muros del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, en el centro de la Ciudad de México, con el propósito de que sus obras sean exhibidas y apreciadas, así como reivindicar un mítico pasado prehispánico y las tradiciones indígenas presentes en el arte popular.

Posteriormente, el Colegio de San Ildefonso, también en la ciudad de México, fue el semillero de diversas y novedosas propuestas en las que participaron artistas como Ramón Alva de la Canal, Fermín Revueltas, Fernando Leal, el francés Jean Charlot, Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros. Ahí se gestó un movimiento plástico que a la vez que se desarrollaba, también se liberaba de algunas de las

ideas que lo habían generado. Inicia así una febril actividad de pintura mural en distintas dependencias oficiales.

El Muralismo ha sido un fenómeno de gran importancia en la historia de las artes visuales de América Latina. Sus precursores se remontan a las altas culturas mesoamericanas, como lo muestran los espectaculares murales mayas, los frisos de las pirámides y templos aztecas o los frescos del Renacimiento en la Italia del *cinquecento*.

El Muralismo, como movimiento pictórico mexicano que nació en los años veinte del siglo pasado; es el vehículo de una denuncia social que, con batallas políticas, encendidas polémicas y una dosis exuberante de ideología, tomó la plaza pública y se convirtió en un medio para narrar, explicar y a veces inventar y mitificar la historia nacional.

Los murales de Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco, iniciaron un movimiento artístico que se proyectó vigorosamente hacia el resto de América Latina, generando una corriente artística de alcance continental.

Los artistas plásticos de esta región fueron influidos por la pintura mural mexicana para recrear su historia, las luchas y anhelos de los pueblos, produciendo obras monumentales en espacios públicos, que buscaban impulsar las luchas populares.

Es una fortuna que en Ecuador se haya identificado el poder del arte mural latinoamericano como una herramienta política para la construcción de la identidad popular.

La importancia alcanzada por este vigoroso movimiento artístico en Ecuador se debe a una brillante generación de artistas plásticos que hizo del muralismo una nueva y extraordinaria forma de creación pictórica.

Testimonios de esta generación quedaron plasmados en múltiples muros de Quito y Guayaquil, cuyos autores se han vuelto símbolos ejemplares, tales como: Diógenes Paredes, Eduardo Kingman y, por supuesto, Oswaldo Guayasamín, que en 1957 marcó la pauta de un movimiento de renombre universal.

Mediante sus series pictóricas sobre temas de trascendencia metafísica, como "*La Edad de la Ira*", Guayasamín, alcanzó un efecto visual masivo, monumental, similar al de los murales, pero con la diferencia de que las obras son desmontables.

José Clemente Orozco no sólo fue un espejo para Oswaldo Guayasamín, sino que ejerció una importante influencia en la definición de su lenguaje estético. Prueba de ello son las fuertes cargas de materiales sobre la superficie que ambos utilizaron, como un recurso expresivo del dramatismo de sus personajes populares.

Estoy convencida que esa misma emoción fue la que Raúl Vallejo evaluó con acierto en su libro ***Las Poéticas de Guayasamín***, donde explora una región reveladora más allá de los materiales, un sitio que toma contacto con las energías sutiles de la literatura para traer a la luz la otra batalla de Guayasamín: la de *La Capilla del Hombre*, dónde cada espacio es una palabra o un silencio, en el que el ser humano cultiva la esperanza en sí mismo.

El libro de Raúl Vallejo constituye un recorrido por las complejas aristas del mundo de Guayasamín; un retrato

oblicuo y transversal de la obra del artista, de sus filias y sus fobias políticas y artísticas. Algunos de estos acercamientos y disecciones me resultan especialmente interesantes y esclarecedores, como la declaración de intenciones, que es todo un manifiesto y a la vez una denuncia del eurocentrismo y del neocolonialismo, en “Dicen que soy un pintor de indios”, o el anecdótico, ameno y muy documentado pasaje de “A Marta Traba no le gusta Guayasamín”; aunque quizá prefiera la poética prosa que encierra “Guayasamín a lo Pollock”, en un libro salpicado de poesía que establece paralelismos entre el artista ecuatoriano y el pintor norteamericano, insignia del expresionismo abstracto.

Raúl Vallejo logra conciliar varios mundos que Guayasamín lloró y gritó en sus pinceles. Por un lado, en el microrelato *El Vientre oscuro y fresco*, menciona tanto el viaje desde el origen hacia el final de nuestra existencia, y a la madre vista como el vientre de una vasija de arcilla oscura y fresca donde habita el hijo envuelto por la negrura vital del útero: origen de la vida y premonición de la finitud humana.

Por el otro lado, Vallejo también traduce el surco violento que dejó el artista quiteño sobre el lienzo y nos muestra otro

misterio: el de la comprensión de las letras, que bien pudieran ser las vías para llegar a entender a una América Latina que nos incluye a todos en una crónica, como testigos siempre presentes de la creación de una nueva tierra.

Finalmente, quiero mencionar que este conjunto de géneros literarios que nos presente<sup>a</sup> Raúl Vallejo, los cuales transitan por la poesía, el microrelato, la biografía, el ensayo y la crónica, conforman todos ellos, un excelente motivo para que el Fondo de Cultura Económica y la Embajada de México estrechen sus lazos de amistad y colaboración hacia nuevos proyectos.

Auguro el mejor de los éxitos al libro ***Las Poéticas de Guayasamín***, seguramente encontrará su cauce entre la materia colorida que sedujo al artista quiteño y la palabra ardiente que trasciende los tiempos.

Muchas gracias

Fondo de Cultura Económica

Quito, 21 de Julio de 2022